

El perfil del filósofo en el siglo XXI

*Laura Benítez Grobet
Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM*

Un viejo apotegma kantiano dice que no se puede enseñar filosofía sino a filosofar. Y en efecto, quien desea dedicarse a la filosofía requiere dos cosas básicas:

- a) Aptitud para la reflexión
- b) Actitud crítica

En cuanto a la capacidad reflexiva, en principio, según Aristóteles lo ve, todos los seres humanos tenemos la capacidad de asombro. Este asombro no frente a lo fantástico sino frente a lo real.

Pero, ¿en verdad todos nos preguntamos sobre el por qué de las cosas reales?

1. El por qué caen las hojas en Otoño
2. El por qué de las mareas
3. El por qué de las guerras
4. El si existe o no un progreso humano

Inquirir, preguntar sobre la variedad del acontecer natural o cultural humano, es una es una de las claves para acceder al ámbito de la filosofía.

El problema ahora es cuándo hacer esas preguntas y sobre todo cómo hacerlas.

Es un momento clave, el cuándo hacer una pregunta tiene que ver con la conciencia adquirida acerca de nosotros mismos y de lo que nos rodea. Es por ello que la juventud es el momento para iniciarse en la tarea de aprender a filosofar.

El cómo tiene que ver con adiestrar el intelecto, por ejemplo en:

- a) Habitarse a una terminología
- b) Aprender a argumentar
- c) Reconocer estructuras válidas de inferencia
- d) Captar la coherencia o las contradicciones en un discurso
- e) Aprender a definir, analizar y sintetizar

Pero el cómo tiene que ver también no sólo con la aptitud intelectual sino con una actitud fundamental para quien hace filosofía: la actitud crítica.

En su base etimológica la crítica viene de cribar, esto es, separar el grano de la paja y se manifiesta de múltiples maneras:

1. Superando el ruido de una información que más bien desinforma.
2. Desechando las afirmaciones infundadas y aceptadas socialmente sin reflexión
3. En la autocrítica estableciendo si nuestras conductas se limitan a lo meramente instintivo y animal o si la parte racional juega algún papel en nuestras vidas.
4. Igualmente si los hábitos nocivos nos acorralan o podemos sobrepasarlos.

5. La actitud crítica nos ayuda igualmente a saber si en verdad tomamos en cuenta el entorno en que habitamos: por ejemplo, ¿nos preocupa en verdad el deterioro del entorno natural? O del entorno social ¿nos interesa cómo frenar los problemas de delincuencia y corrupción?

En suma, la actitud crítica es nuestra actitud ante la vida y se ejerce contra:

- los dogmas
- los prejuicios
- los instintos incontrolados
- los malos hábitos
- los abusos
- etc.

La actitud crítica permite intensificar el sentimiento de la propia valía individual así como el valor de la pertenencia a la especie humana.

Así pues, las bases de una personalidad que ama el saber tienen que ver con el desarrollo de su capacidad reflexiva y así como con afinar su actitud crítica, sin embargo ello no basta para emprender el camino del filosofar, en efecto, se requiere, además, darle forma a la reflexión.

¿Qué es entonces lo que hace la diferencia entre una reflexión común y una reflexión filosófica?

la respuesta es el método. Para que una reflexión sea filosófica debe ser metódica. Es así como se revela la filosofía como una construcción

teórica que busca dar explicaciones acerca de lo real tanto natural como cultural, en forma metódica.

Esta construcción teórica que es la filosofía es paradigmática por su radicalidad ¿Por qué?

1. Pretende encontrar las causas primarias, originales y más generales de los objetos que estudia.
2. Busca asimilar y comprender el estado de la cuestión.
3. Repiensa y discute las diversas propuestas teóricas sobre las cuestiones tratadas.
4. A partir de un marco teórico emite una interpretación o nueva propuesta teórica acerca de las cuestiones o hechos en estudio.

Es por todos estos pasos que la reflexión filosófica, metódicamente formulada, se torna una reflexión sistemática.

Como puede inferirse fácilmente, los sujetos dedicados a la reflexión filosófica sistemática, deben incluir en su amor al saber, la pasión por la lectura así de antiguos textos como de nuevos libros y artículos en línea, pues la reflexión no puede dar inicio con el desconocimiento, de los escritos más perspicuos acerca de un tema.

La reflexión filosófica sistemática se plasma en un tipo de discurso peculiar, el ensayo filosófico que contiene ciertos elementos o estructuras que también hay que conocer y llegar a dominar.

1. La formulación de hipótesis
2. El descubrimiento de supuestos
3. El manejo de un marco teórico adecuado a nuestras propuestas

4. El desarrollo de una argumentación coherente

5. La extracción de conclusiones

Tales estructuras discursivas suponen el dominio de las operaciones intelectuales básicas que ya hemos enumerado como: definir, clasificar, analizar, ordenar, sintetizar, argumentar lógicamente, etc.

El dominio de estas operaciones garantiza la construcción de un discurso filosófico claro, ordenado y riguroso, de modo que quien desea filosofar debe no sólo aprender a leer sino también a escribir filosofía. Con todo, ello sólo nos hace estudiosos, docentes o investigadores de la filosofía; puesto que la innovación tiene más que ver con la capacidad creadora que, como en cualquier otro ámbito del saber humano, es más bien, escasa.

Conviene ahora preguntarnos: ¿Es que el filósofo del siglo XXI difiere realmente del filósofo de antaño? Desde luego, las temáticas han variado, en algunos casos, puesto que los retos y problemas a que se enfrenta la humanidad hoy no son los de ayer, sin embargo, hasta ahora sólo hemos referido los instrumentos que permiten a un filósofo hacer filosofía y las actitudes básicas que se requieren para ello. Sin embargo, hay situaciones muy concretas que nos obligan a poner mayor atención en cómo nos ubicamos frente al saber filosófico, como lo adquirimos y sobre todo, en tanto maestros cómo lo transmitimos.

Uno de los grandes retos de nuestros días consiste en una enseñanza que efectivamente impulse la capacidad reflexiva. Sin duda una de las disciplinas que contribuye de manera directa a conseguir esta meta es la filosofía, que permite derribar el muro de la inconsciencia y la deshabilitación reflexiva. Se abre primero un pequeño hueco gracias a

la fuerza crítica de la filosofía que día a día se ensancha y permite ver al principio, al menos el mundo externo, con otros ojos, los de la racionalidad que tiene la capacidad de luchar contra la ignorancia, la intolerancia y que nos hace ver, con una nueva perspectiva el mundo natural y social; y finalmente, una visión que, vuelta sobre nosotros mismos, nos puede llevar a una mejor comprensión de la especie humana y por ende de nosotros mismos.

Por ello la filosofía sigue siendo una luz indispensable en cualquier propuesta de desarrollo cultural, pues impide que nos quedemos con lo mero "dado" y así interroga el hacer humano social, político, religioso, científico, artístico, etc., y por supuesto el quehacer de estos ámbitos yendo a las bases epistemológicas de ciencias duras, naturales y humanas. No es por casualidad que uno de los posgrados más exitosos de nuestra casa de estudios, para estudiantes propios y extranjeros sea el de filosofía de la ciencia, al que acuden licenciados de todas las áreas imaginables: matemáticos, físicos, químicos, biólogos, economistas, politólogos, sociólogos, etc., que buscan profundizar en su propia área de conocimientos.

Por otra parte, nuestra interacción con la literatura, la historia, la lingüística, la sociología, el derecho, el arte y la cultura en general, nos han permitido desarrollar a tal punto nuestro tradicional posgrado en filosofía que hemos excedido con mucho los límites de nuestra matrícula.

Esto hace ver que la filosofía en nuestro país padece de macrocefalia, ya que tenemos la cabeza enorme de los posgrados sobre el cuerpo

débil de la enseñanza media que se debilita constantemente gracias a algunas políticas educativas.

Este debilitamiento, pienso, se debe a que se hace ingerir a nuestros niños y jóvenes, desde la escuela primaria "paquetes de conocimientos" que se distribuyen como píldoras autosuficientes e incuestionables, sistema que sin duda limita las capacidades reflexivas y críticas de las personas.

En mi opinión es el efecto de un tipo de enseñanza que actúa como auténtica "vacuna" contra el germen de una racionalidad autónoma.

1. Proyección de la filosofía moderna en América Latina en el siglo XXI

Quiero referirme ahora al ámbito de la filosofía que mejor conozco, que es justamente el de la filosofía moderna. El espectacular desarrollo de la tecnología en nuestro tiempo, el agobiante crecimiento de la población mundial, los crecientes niveles de hostilidad entre los grupos sociales y entre los pueblos, el poder de las comunicaciones, la volatilidad de los mercados sujetos a la especulación económica, el traslape de la esfera pública y la privada todavía por fortuna, no anulan la capacidad reflexiva del hombre. Por el contrario, son los temas de nuestro tiempo, un importante incentivo del quehacer filosófico.

Así las cosas, uno puede preguntarse ¿qué futuro tiene una disciplina filosófica que, por definición, se remite al pasado, como lo es la historia de la filosofía? Es cierto que el pasado da lecciones, esto ya la proponía Cicerón, y la idea es no repetir los viejos errores; sin

embargo, estamos seguros que la historia de la filosofía moderna nos ofrece mucho más que una lista de posibles errores a evitar. Al margen del problema de si todo estudio que remite a la modernidad es o no necesariamente histórico, la cuestión fundamental es: ¿de qué manera aspiramos a conocer y a conocernos?; ¿desde qué perspectiva?; ¿con qué herramientas teóricas? Porque es muy probable que descubramos, finalmente, que nuestras propuestas epistemológicas y ontológicas son todavía modernas. Difícil es escapar a los proyectos teóricos que dieron origen a la nueva ciencia, al estado moderno, a la especulación económica, a los planteamientos estéticos, al desarrollo de la psicología, de la pedagogía, entre otras muchas propuestas.

Por supuesto, no somos herederos fatales de una ineludible carga teórica, pero sin duda nos asombraría saber que, todavía en los años cincuenta del siglo XX, la concepción de lo mental como constituido por niveles, particularmente de la memoria, era de clara inspiración cartesiana. Que la solución de innumerables problemas matemáticos, proviene de las propuestas hechas por Desargues y Poncelet. Que las explicaciones de los fenómenos físicos son todavía galileanas y newtonianas y que en algunas ideas cosmológicas aún no hemos podido rebasar las especulaciones de Giordano Bruno.

2. De la importancia de la historia de la filosofía moderna en el ámbito académico

En la década de los sesentas del siglo XX, se dio una fuerte batalla a favor de la historia de la filosofía como disciplina estrictamente filosófica, contra algunas propuestas analíticas extremas que soslayaban su importancia. En el mundo de la filosofía anglosajona

nacieron importantes sociedades de historia de la filosofía como la *British Society for the History of Philosophy*, que agrupa miembros de Europa, América, Asia y Australia y cuenta con una muy bien posicionada revista trimestral. En países como México, Argentina, Brasil, Colombia, Uruguay, etc., las sociedades de filosofía cuentan con una sección de historia de la filosofía y lo mismo puede decirse de los currícula de casi todas las Universidades, del mundo occidental, que abrigan una carrera o departamento de filosofía. Se cuentan pues, por cientos, los estudiosos de la filosofía dedicados a su historia. Pero, ¿a qué se debe ello? En este caso la respuesta es múltiple. La primera, desde luego, es que el pasado filosófico no ha muerto. Es nuestra personal convicción que, una vez abierta una vía reflexiva podrá ensancharse o angostarse, puede ser muy transitada o muy poco visitada, pero jamás prescribe. De modo que el pensamiento de los antiguos griegos o de los renacentistas no son piezas de museo, sino parte sustantiva de nuestro diálogo filosófico actual. Una segunda razón, derivada de la anterior, es que los clásicos siguen siendo nuestros mejores maestros. Ellos nos enseñan a fundamentar nuestras ideas, a desarrollar metódicamente nuestro discurso, así como válidas e importantes formas argumentativas. La tercera, es que la cultura filosófica no es cuestión de mera erudición, sino que la densidad de nuestro conocimiento es lo único que nos permite desarrollar nuestras propias propuestas. Ciertamente, las nuevas ideas se fincan en un conocimiento profundo del avance filosófico. Si hemos de proponer nuevas categorías de comprensión de las situaciones en torno, nuevos marcos teóricos que alojen mejor los fenómenos sociales y culturales que nos ha tocado vivir; si en verdad

aspiramos a explicar cualquier aspecto de nuestra realidad desde un punto de vista filosófico, primero tenemos que contar con el arsenal teórico que se desarrolló en las distintas vías reflexivas. El desconocimiento de las teorías es fatal para las explicaciones filosóficas ya que puede llevarnos a graves errores o a burdas repeticiones.

En suma, es imposible soslayar la importancia de la historia de la filosofía para el conocimiento y la formación de los estudiosos de esta disciplina. A más de servir de elemento articulador para otros campos de este mismo saber, la historia de la filosofía nos forma en la investigación en varios niveles: desde la búsqueda de los datos de archivo, las fuentes originales de los autores, la selección de los mejores comentaristas, de los repertorios bibliográficos para ubicar el estado de la cuestión que se investiga, y aun en la selección de páginas especializadas en la red que ponen a nuestro alcance una enorme cantidad de información. Por otro lado, asimilar, comprender, jerarquizar, organizar y elaborar un trabajo filosófico sólo es posible si, además de los datos, se han asimilado, en detalle, los conceptos, categorías y estructuras de pensamiento del o los autores en estudio. Ejemplos extraordinarios son P. Duhem, A. Koyré, J. Garin, T. Kuhn, E. Grant, B. Williams, M. Wilson, L. Laudan, Gaukroger, T. Verbeek, R. Popkin, E. Olaso, E. Flichman, etc. Autores que nos han legado la preocupación por dos cuestiones fundamentales: 1) La necesidad de buscar la génesis de los conceptos y 2) La comprensión de las propuestas teóricas en contexto. Estos autores han comprendido que la reflexión, al margen del contexto histórico, puede conducirnos a conclusiones inapropiadas y hacen gala de un conocimiento profundo

de cada época en estudio. Sin embargo, ninguno de ellos se ha comprometido con una posición meramente positivista u objetivista, sino que, más bien, buscan dar sentido a la interpretación en el sólido marco de los hechos, hasta donde éstos se dejan reconstruir. Como bien dice Williams, podemos escuchar música compuesta en el siglo XVII, ejecutada con instrumentos de la época en una sala destinada a esos fines en aquel tiempo; sin embargo, lo que no tenemos son los oídos del siglo XVII. Así pues, de alguna manera, la interpretación nos corresponde, pero nos corresponde de manera responsable. La nueva lectura no puede ser deformante, sino que ha de informarnos desde una nueva perspectiva, la nuestra hoy en siglo XXI.

3. Perspectivas de la filosofía moderna en nuestro siglo

Si el legado filosófico de la modernidad es muy amplio, piénsese en Descartes, Galileo, Locke, Berkeley, Leibniz, Hume, Newton, Kant, Voltaire, Rousseau, etc.; el caudal de lo escrito en el siglo XX y lo que va del XXI, sobre estos autores, así como sobre los temas y teorías propios de esta época es impresionante. El interés por la modernidad está muy lejos de haber decaído pese a los argumentos posmodernos. En el 400 aniversario del natalicio de Descartes, sólo en México contamos siete eventos académicos totalmente dedicados al filósofo de la Turena. En Francia se reeditaron sus obras completas con un amplio tiraje, señal de que existen los compradores potenciales.

En cuanto a la filosofía moderna en particular, el campo de estudio es inmenso, no sólo desde la epistemología y la ontología o la filosofía

política en que tradicionalmente se había ubicado, sino que hoy se han abierto nuevas posibilidades desde la filosofía natural, ya para complementar el estudio de las ideas científicas, ya para comprender más cabalmente el desarrollo de las propuestas filosóficas de los autores de este período. Por otro lado, se ha dado cabida al estudio de las relaciones entre el pensamiento científico y teológico, algo que los criterios positivistas decimonónicos habían bloqueado y que hoy se muestra como un campo muy fructífero de indagación. En el mismo caso se encuentra la investigación de frontera entre las concepciones epistemológicas y las ideas jurídicas de gran parte de los autores de los siglos XVII y XVIII, campo que ha recibido especial atención y que nos permite entender semejanzas y diferencias con los planteamientos actuales.

Por otra parte, cada día son más los profesionales de la filosofía que imparten cursos relativos a la historia de la filosofía, no sólo en escuelas y facultades de filosofía, sino en el nivel de enseñanza media superior. Es sintomático que los profesores de nuestros bachilleratos incursionan con éxito en los posgrados asegurando así la calidad de la enseñanza en aquel nivel. Pero tal vez lo más significativo para impulsar cualquier disciplina filosófica, en este caso concretamos nuestra experiencia a la historia de la filosofía moderna, es la creación de grupos de investigación formados por profesores y alumnos que unidos por un mismo interés filosófico dan continuidad al trabajo realizado, lo cual ha permitido la publicación de boletines informativos y la redacción de numerosos artículos en revistas especializadas de varios países y la aparición de libros individuales.

Nuestra experiencia es que la cooperación se relaciona directamente con el desarrollo disciplinar y el trabajo en grupo no sólo estimula la creación sino que permite medir, de manera más objetiva, a cada participante así como las metas alcanzadas.

Consideramos pues, que al margen de las políticas gubernamentales que, en algunos de nuestros países, han castigado severamente a la educación y particularmente a la Universidad Pública, así como de las políticas educativas que favorecen más otras áreas que la de la humanidades, el gusto por la filosofía, en general, no ha decaído, pues en la licenciatura mantenemos más o menos el mismo nivel de ingreso en nuestras Facultades y en nuestros posgrados la demanda es muy elevada. Ello significa que, pese a las dificultades de orden económico, el futuro de nuestras disciplinas está asegurado, siempre y cuando la enseñanza de la filosofía en el bachillerato no se desaliente. En este mismo sentido deseamos decir que la experiencia en Argentina es reveladora. En efecto, pese a la crisis económica mayúscula que se vivió en ese país, hace más de una década, el trabajo filosófico se intensificó y a pesar de que muchos profesores estaban a medio sueldo, el trabajo continuó en las Universidades y prácticamente no se canceló ningún compromiso académico, antes bien se buscaron alternativas para el financiamiento de nuevos proyectos.

Eso significa que la inteligencia sigue trabajando y que, sólo con una conciencia crítica muy clara, los problemas pueden tener algún viso de solución. Así, ya en el siglo XXI, no hay que temer por la extinción del saber filosófico cuanto por la responsabilidad de los filósofos como

guías certeros de la opinión general, como detractores de la infamia y buscadores de una libertad y una justicia que ya cantaban los autores modernos.

Ahora bien, creo que podemos concluir que aunque es verdad que hay que enseñar a filosofar, ello no es posible sin remitirse a las formas paradigmáticas de la filosofía cuyos autores encontramos a lo largo y a lo ancho de su propia historia.

En suma, no se puede enseñar a filosofar sin enseñar filosofía.